



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 5

CT 114 PASTORALES ESPECÍFICAS

Bazán Betancourt, Ernesto José. “Celebrar la vida: Una propuesta praxiológica de acompañamiento pastoral resiliente”. En *Celebrar la vida. Teología y resiliencia: una propuesta praxiológica de acompañamiento pastoral resiliente*, 50-64. Tesis de licenciatura. Universidad Bíblica Latinoamericana, 2018.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

CAPÍTULO III

CELEBRAR LA VIDA. UNA PROPUESTA PRAXIOLÓGICA DE ACOMPañAMIENTO PASTORAL RESILIENTE

Introducción

En este capítulo queremos presentar una propuesta metodológica que sirva para encaminar el trabajo pastoral de nuestras iglesias de cara a los desafíos que nos presenta el contexto donde éstas desarrollan su misión. Para esto retomaremos los aportes de nuestra investigación en los capítulos uno y dos, lo cual nos permitirá desarrollar una teoría teológica de acción para ayudar en el empoderamiento de aquellas iglesias que necesiten asumirse como comunidades resilientes.

El contexto empoderador y la resiliencia comunitaria son las propuestas experimentadas por la Iglesia Bautista Kerigma y presentadas como estrategia de cierre de duelo y apertura a la vida. Esta propuesta será válida para cualquier iglesia que identificando sus fortalezas pueda transitar de una situación de pérdida a una situación de resiliencia.

3. 1 La Iglesia como contexto empoderador

A pesar de haber pasado unos años de la pérdida del templo y de haber demostrado su capacidad para continuar (construcción de un nuevo templo), la iglesia Bautista Kerigma aún experimenta una situación de nostalgia y traición a raíz de la pérdida de su primer templo como lugar simbólico sobre el que se había construido una identidad y espacio de misión.

Nuestra investigación en el estudio de caso demostró cómo la iglesia había expuesto su capacidad identificando el problema y los recursos para enfrentarlos. En esta afirmación vale la pena tomar en cuenta los fundamentos que la sostienen. Cuando nos referimos a la Iglesia como contexto empoderador estamos diciendo que la misma tiene en sí como actor social la posibilidad de articular diferentes formas de

desarrollo sobre la base de los principios que la determinan. Uno de estos principios es su fundamento ético y bíblico-teológico el cual se articula en un entramado social del cual la iglesia es parte activa social y culturalmente.

Pasar de una situación de pérdida a una situación de continuidad exige de la iglesia la capacidad de asumirse como mediadora entre la resignación y la esperanza en el cambio, lo cual significa colocar en función de las comunidades herramientas que la ayuden a orientar a sus miembros.

En este sentido el compromiso de la iglesia debe poner su énfasis en hacer de la comunidad un espacio que perdure en el tiempo. Debe ser una provocación a sacar lo mejor de sus miembros en situaciones de crisis. Para esto las iglesias en su ejercicio cotidiano de existencia, deben invertir esfuerzos en la construcción de bases sólidas que le permitan en un momento determinado sobreponerse a los conflictos propios de su contexto. Los siguientes elementos (identificar fortalezas, invitar a participar, identificar el problema, celebrar el éxito, y renovar las estrategias) nos permitirán detallar la manera en que podemos hacer uso de la aplicación de esta teoría.

3.1.1 Identificar sus fortalezas

Es determinante para cualquier organización humana conocer sus debilidades y sobre todo lo que la hace fuerte. En las situaciones de crisis si no tenemos claras nuestras fortalezas el desánimo nos vencerá. Por esto una de las primeras cosas que debemos hacer al enfrentar el desafío de la transformación de la crisis, es identificar bien qué nos detiene y qué nos hace avanzar.

Una estrategia de desarrollo que logra equilibrar bien estas situaciones consiste en planificar acciones con un menor rango de fracaso. Y sobre todo puede medir el impacto del fracaso y darle respuesta haciendo uso precisamente de los elementos que la hacen fuerte.

Por ejemplo, en el caso de la Iglesia Bautista Kerigma, perdió el templo, pero esa situación le hizo descubrir las fortalezas de un liderazgo organizado, con metas a concretar y nuevas formas de trabajo para disfrutar la sensación de placer y éxito con otros proyectos, como por ejemplo el de los patios ecológicos.

Lo que pudo ser el fin se volvió un nuevo comienzo. Fue saludable hacer una parada de evaluación y re-significación de la misión para entender el nuevo contexto de relaciones. En la actualidad la iglesia cuenta ya con un nuevo templo, lo que testimonia que es posible sobreponerse a pérdidas. Por esto debemos ayudar a nuestras comunidades a descubrir sus fortalezas y en poco tiempo veremos de lo que son capaces de hacer.

3.1.2 Invitar a participar: ayudar a visualizar la oportunidad mientras se avanza

Cuando decimos Iglesia es sinónimo de comunidad, grupo humano. No podemos perder de vista que si queremos que la iglesia sea una comunidad que transforme e impacte la vida de sus miembros ésta debe ser un espacio donde todos sus miembros de alguna manera tengan conciencia de cuál es su función como parte de esta comunidad.

Para esto la gente necesita participar de aquellos procesos intrínsecos de la comunidad (liturgia, misión, visitas, juntas de negocio), solo así tendrán complicidad para hacer de la misión de la Iglesia una tarea de todos los creyentes (sacerdocio universal). Debemos invitar a visualizar un horizonte de interacción y de esta manera podremos generar compromiso.

Hay contextos donde la participación de los sujetos está muy mediada por intereses en tensión, sobre todo por una disputa de poder (político, religioso, social, cultural); en este contexto las iglesias como comunidades vivas y como ámbito de sentido para grupos humanos tendrá mayor o menor posibilidad de haber aprendido a participar para transformar que no es lo mismo que participar para cumplir con una norma establecida de manera rígida y vertical.

Debemos animar a nuestras iglesias a que se vuelvan espacios de participación activa y consciente de aquellas cosas que deben ser transformadas, de lo contrario seguiremos reproduciendo el *statu quo* impuesto por una minoría que impide la participación plena en la toma de decisiones.

3.1.3 Identificar el problema. Apoyar una estrategia de trabajo donde la comunidad experimente el éxito

La situación de nuestras iglesias no transcurre aislada de la situación de nuestro contexto más inmediato, incluso de nuestro contexto más global. En este sentido tener claridad de esto nos puede ayudar, ¿hasta dónde puedo hacer de un problema global la razón de mis estrategias de trabajo?

Sería válido preguntarse sobre la pertinencia de hacer de nuestro trabajo una observación más aguda que apunte de manera más inmediata a la solución de situaciones más urgentes y fáciles de medir.

La capacidad de dar respuesta a soluciones más inmediatas y de menor complejidad permitirá a la iglesia empezar a disfrutar del éxito y organizarse para generar un ambiente de distensión donde se experimenta situaciones límites sin hacer de ellas situaciones inamovibles.

Si queremos llevar un ministerio que ayude a que la gente se sume a participar hay que ir de lo más simple a lo complejo. En esta dinámica de desarrollo, lo local es el primer ámbito de transformación para llegar a lo universal.

Diagnóstica los problemas que más te afectan y da solución a aquellos que en menor tiempo alcancen resultados positivos. Cuando logramos hacer esto debemos identificar un área de nuestra comunidad que tiene las fortalezas y condiciones para salir adelante. Esta área será una bandera de salida que permitirá animar otras áreas para salir a la carrera.

3.1.4 Celebrar el éxito y renovar las estrategias

Las iglesias son comunidades marcadas por acontecimientos a celebrar. La memoria que tenemos de los hechos de Dios llega a nosotros con sabor de celebración. En este sentido la posibilidad de lo nuevo siempre está antecedido por una experiencia de placer que afirma que es posible lograr nuevas metas. Por esto no debe faltar en nuestra estrategia pastoral un punto del camino que indique detenerse para celebrar lo alcanzado. Toda parada para celebrar es una oportunidad para evaluar, sacar aprendizajes y actualizar estrategias.

La celebración también tiene un componente psicológico importante que pasa por la unidad que se crea en un ambiente libre de frustración y compartimiento. Este ambiente distiende las tensiones, construye relaciones de solidaridad, afirma el poder no sobre la competencia y sí sobre la amistad, cooperación y la esperanza.

3.2 La iglesia como contexto empoderador y agente potencial de resiliencia

En el capítulo uno nos dimos cuenta que las iglesias tienen varios elementos para constituirse en contextos de empoderamiento. Es preciso ayudarnos a ganar conciencia de esas potencialidades e indagar en aquellos factores que hacen mantenerse firme a las comunidades en su lugar de origen a pesar de situaciones límites que afectan la vida de sus miembros. Valdría la pena preguntarnos ¿Qué valores, reminiscencias históricas, dimensiones de la fe, la hacen permanecer en la idea de ser iglesia?

3.2.1 La Iglesia un espacio contracultural

Podemos afirmar que las iglesias son comunidades vivas en continua tensión entre el hacer la misión que se les ha confiado por Dios y el permanecer sujetas a un contexto histórico cambiante e ideológicamente dominante. Las situaciones que se dan en la pastoral de la Iglesia son indiscutiblemente producto de su roce social y su capacidad de inculturarse e inculturar su visión de mundo.

Existe una línea delgada entre la dimensión evangelizadora de la iglesia y su establecimiento como realidad histórico-social (institución). La primera apunta al contenido de la fe, es decir la propuesta de Jesús. La segunda a la permanencia de ese grupo humano (iglesia) como parte de una realidad sujeta a cambios que cuestionan su ideología (fe) y la permanencia de la misma como grupo de referencia en el entramado social.

Si por un lado las palabras de Jesús no pasan de tiempo (texto escrito), la manera de entender la religión y su forma de organización social ¡sí cambia! Esta doble vía entre la fe y el mundo (realidad donde se vive la fe) determinará el éxito de la permanencia de la Iglesia en un contexto determinado.

Por esta razón es importante entender la relación entre la fe y el lugar donde se vive la fe. Este último es el que siempre estará sujeto a crisis pues depende no solo de lo que está escrito en la Biblia y en lo que cree el seguidor de Cristo, sino en cómo esa fe en Cristo logra dar solución a los eventos que acontecen en la historia sobre todo aquellos que amenazan la existencia (tensión entre vida-muerte).

En nuestra investigación encontramos cómo esta dinámica puede afectar a la Iglesia específicamente a nuestra comunidad de estudio (Iglesia Bautista Kerigma), para esto es necesario que las iglesias estén atentas a las situaciones cambiantes en el contexto donde desarrollan su misión.

La Iglesia como institución es una realidad histórico-social-política y en este sentido es interpelada e interpela, afecta y es afectada por las decisiones que se tomen sobre ella, alrededor de ella y en ellas.

Por otro lado, la crisis es un factor ineludible para cualquier grupo humano, en nuestro caso, las iglesias; están siempre sujetas a eventos que las desafíen. Por eso Jesús en su oración al padre dice: "No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del mal" (Jn 17,15 BEDHH).

El mal como categoría teológica nos permite una diferenciación en relación a Dios. Entendemos el mal como todo lo que puede entorpecer nuestra vida (salud, felicidad, sentido de vida) incluido para nosotros cristianos también el plan de salvación de Dios. Por tanto la salvación a través de la fe en Jesús el Cristo es el inicio de una jornada donde entramos en una relación entre el ser humano y Dios que nos invita a ser parte del proyecto del reino anunciado por Jesús como promesa de superación del mal. .

Una espiritualidad de la resiliencia está anclada en la confianza absoluta en la misericordia de Dios -Padre-Madre -. Aunque andaré en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno." (Salmo 23:4.); Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" - Pater in manus tuas commendo spiritum meum (Lucas, 23: 46) La confianza de Jesús en Dios Padre nos da cuenta de su actitud resiliente, cree que lo que él mismo ha mostrado en las parábolas del Reino sea una realidad en él, "el grano de trigo que entra en relación con la tierra para germinar y dar vida abundante" (Rodríguez 2013, 103)

Al ser la iglesia el cuerpo de Cristo y la bandera de su proyecto salvífico, todo lo que la afecte deberá ser sujeto a análisis y toma de decisiones. En este sentido la

historia de la salvación es una continua reformulación de la misión de Dios y como ésta debe actualizarse en cada momento histórico.

La capacidad de cambiar no es un imperativo para la fe sino para la forma en que abordamos la realidad inmediata. Es cuando recordamos las palabras del salmista: "Nuestros padres confiaron en ti; confiaron, y tú los libertaste; te pidieron ayuda, y les diste libertad; confiaron en ti, y no los defraudaste (Sal 22. 4-5 BEDHH).

Es precisamente esta capacidad de someter la realidad histórica a la fe lo que hace que esta pueda ser transformada. La posibilidad de contar con argumentos sólidos teológicos sobre la opción de Dios por los más vulnerables son fundamentos que no pasan de moda; así como el sujetar una determinada orden o sentencia social a una realidad trascendente (reino de Dios) es lo que hace de la Iglesia una institución capaz de permanecer en cualquier orden social.

Esta posibilidad de ser una institución humana que confiere su destino y voluntad última no a un gobierno humano y sí a Dios (ser trascendente) es lo que nos da la posibilidad afirmar que las Iglesias pueden ser contextos empoderadores por excelencia donde los seres humanos encuentren la posibilidad de colocar su vida bajo el foco de Dios y caminar con la seguridad que su situación actual (crisis) no será su fin sino la posibilidad de ver actuar en sus vidas la justicia de Dios.

Cuando las Iglesias entienden estos argumentos re-significan su trabajo, renueva esfuerzos, les son abiertos los ojos, comienzan a descubrir dones. Cuidan lo que tienen, preservan los dones alcanzados y se proyectan hacia adelante en respuesta a lo que Dios hará.

Una vez que las Iglesias reconocen que su cimiento es inamovible, que ningún viento podrá derribarla pasan a ser lugar de refugio para los cansados, hogar que alimenta con esperanza al que no tiene comida, espacio de amor para descubrir las verdaderas riquezas ocultas a los seres humanos.

Una Iglesia que reconoce en sí estas potencialidades podemos llamarla comunidad resiliente y contexto empoderador, pues genera confianza, construye estrategias, delega protagonismo, inspira la transformación de aquellos que ante los golpes de la vida deciden someter su situación a la voluntad de Dios y comenzar a caminar de nuevo.

En este sentido el definir a las iglesias como contextos empoderadores nos permite descubrir el potencial con el que cuentan las mismas para re-significar la vida de sus miembros, así como su relación con el proyecto de Iglesia. Esta realidad también nos permite decir que este proyecto eclesial es en sí mismo también un proyecto personal para cada individuo que en su relación con el contexto y a raíz de su pertenencia a la Iglesia coloca su vida en función del crecimiento de su comunidad colocando en ella sus dones y sus limitaciones. Los dones para edificar y contribuir al crecimiento y solución de problemas de la comunidad y las limitaciones para encontrar en la comunidad el apoyo para superarlas.

3.2.2 La Iglesia como comunidad resiliente

Después de haber entendido las potencialidades de la iglesia como contexto empoderador y agente potencial de resiliencia, también podemos afirmar desde nuestra investigación que: ***la iglesia puede constituirse en comunidad para la resiliencia***; sí en sí misma y a través de ella sus miembros logran encontrar aquellos factores que le posibiliten situarse como individuos y comunidad de frente a sus problemas más difíciles y abordarlos con serenidad y sentido de continuidad de la vida, es decir con resiliencia.

En el capítulo dos mostramos aquellos factores y pilares que permiten que una comunidad pase a ser resiliente y como estos pueden ayudar a sobreponerse a las pérdidas o a situaciones que colocan la vida humana al límite.

En nuestras iglesias las personas e incluso la misma iglesia como comunidad están en continua tensión con aquellas escenas de la vida cotidiana, dígase muerte, catástrofes, conflictos sociales (violencia, alcoholismo, drogas, prostitución, etc.); ¿cómo acompañar estos procesos? ¿Cómo colocar la palabra de Dios en clave de esperanza para construir resiliencia en esas vidas dañadas?

3.2.3 La palabra de Dios es fundamento para una comunidad resiliente

Los textos de la Biblia, en especial aquellos que se expresan en lenguajes de promesas aportan al creyente los fundamentos para afirmar una adecuada autoestima ante las situaciones de crisis. Estos principios bíblicos llevan a la Iglesia

a afirmar no solo la autoestima de sus miembros sino la de las personas que interactúan en su contexto más inmediato.

Como vimos en el capítulo dos en nuestra hermenéutica del salmo 22 encontramos las bases bíblicas para hablar de diferentes categorías teológicas (clamor, salvación, fe, liberación, justicia, misericordia, sacrificio, muerte-vida, fidelidad, pobreza, alabanza, alimento, adoración) que son necesarias para que la iglesia pueda promover la resiliencia.

La lectura atenta de la palabra de Dios que persigue descubrir la esencia del mensaje de Dios en la historia de la salvación será para la iglesia alimento que fortalezca los cimientos de su misión y para el creyente una fuente de resiliencia.

La Iglesia preserva un grupo de elementos que le permiten ser ese lugar de ayuda por excelencia. Es así que la historia de la iglesia cuando se entiende unida a los textos fundantes de la fe permite definir la identidad de una religión que preserva suficientes argumentos para su sostenibilidad, entonces podemos hablar de otro factor de resiliencia, la identidad cultural.

3.2.4 Identidad cultural. Conocer nuestra herencia nos hace más coherentes

En el capítulo 2 nos acercamos al concepto de resiliencia comunitaria el cual propone varios factores que nos pueden ayudar a empoderar a las comunidades, en nuestro caso las iglesias y sus contextos más inmediatos.

Hemos aprendido en esta investigación que: ***la teoría de resiliencia en diálogo con la teología*** constituye un potencial para que la iglesia genere vías de afirmación de su identidad y transforme una situación de crisis en oportunidad. Por esta razón podemos definir a las iglesias como agentes potenciales de resiliencia comunitaria.

Entendiendo los puntos de contacto entre teología y resiliencia podemos darle a la teología una vía para que tribute a que la Iglesia pueda hallar en sus contenidos un diálogo con la psicología y la sociología. Es a través de la resiliencia comunitaria que la iglesia podrá usar como parte de su actuar ante la crisis, el uso de los factores de resiliencia comunitaria con el objetivo de sobreponerse a todo lo que pretenda desestabilizar su misión.

En este camino podemos también revisar las imágenes teológicas que describen a Dios en la Biblia (Dios de la historia, Dios como resiliente). Esta búsqueda nos ayudará a acercarnos a nuestra identidad de fe desde los presupuestos de la espiritualidad cristiana que se encuentra en nuestro salmo de estudio.

En nuestro análisis del salmo 22 fue develado lo importante que es dentro de la tradición judía la identidad. Cuando nos referimos a identidad apuntamos a aquellos elementos particulares que hacen a una persona o institución sea distinta a las otras.

De esta manera como ninguna espiritualidad se desarrolla fuera de la historia podemos decir que buena parte del fundamento de la misma se encuentra en la cultura donde nos desarrollamos.

El elemento cultural será determinante para fortalecer el factor de resiliencia: identidad cultural. Podemos en este sentido afirmar una dimensión cultural de la fe y de su actuar permeado por los valores sociales donde se encuentra.

¿Qué estamos diciendo? Sencillamente que podemos echar mano de aquellos valores que permanecen de manera inamovible en la sociedad (Amor, amistad, solidaridad, justicia, dominio propio, responsabilidad, cuidado, etc.) y redefinirlos a luz de la fe y de la historia de la Iglesia universal y de cada iglesia local de manera particular en su contexto de misión.

Esta oportunidad nos permitirá concederles a estos valores reconocidos como portadores de virtud una fuerza moral y ética capaz de resistir los embates de nuevas corrientes de sentido. Sobre todo, aquellas corrientes que pretenden de manera solapada enajenar a las personas de su libertad de elección de una vida más justa, sostenible y con oportunidad de desarrollo.

Para que las iglesias puedan ser espacios de profunda espiritualidad deberán ser fieles a los valores que profesan como institución que promueve la paz y la armonía entre los seres humanos y la creación”. Solo así su misión será creíble y servirá de contexto de empoderamiento y comunidad de resiliencia en el lugar donde existen.

Se hace necesario que, al ser nuestras iglesias expuestas delante de las personas y sociedades, sean halladas sus obras limpias y sin mancha. Para esto se hace necesario que fortalezcamos cada día el valor de la honestidad estatal

institucional. Esto quiere decir, ser capaces de transparentar la administración de los bienes eclesiales, dar cuentas de la administración de los ministerios y/o servicios que damos. Ser muy buenos mayordomos de la creación, de las ofrendas y diezmos.

3.2.5 La honestidad institucional

La iglesia como institución dentro de la sociedad está en continua disputa de sentidos y en tensión entre su propuesta eclesiológica y la dinámica social. Las iglesias deben ser espacios de administración.

Se hace necesario que la misma logre construir desde este entramado complejo un discurso ético que permita ser luz y sal en medio de las tinieblas de los intereses personales, y de clase. Para esto podemos fortalecer en nuestras comunidades el factor de honestidad institucional para que de ese proceso podemos asistir a una comunidad resiliente.

Uno de los grandes antivalores de la sociedad en este tiempo es la **corrupción**. La corrupción es lo opuesto a la honestidad y la iglesia no escapa de esta realidad social de la cual ella es parte indisoluble. Miembros y líderes son el resultado de esa misma sociedad que promueve la corrupción y la deshonestidad.

Según hemos visto a la corrupción no está ajeno ningún estado/institución con diferentes niveles. Por esta razón cuando la Iglesia y sus líderes estén delante de una comunidad que coloca sobre sí la responsabilidad de su guía y cuidado; sobre todo en procesos de pérdida, es imprescindible el manejo transparente de los recursos. Incluso este manejo debe estar presente antes de cualquier situación de pérdida, y siempre guardando el conservar fondos de emergencia para cualquier eventualidad.

El ejercicio de la mayordomía ha sido uno de los ministerios que se les fue encomendado a los líderes de la Iglesia naciente según nos narra el escritor de los hechos de los apóstoles capítulo 2 vs 44-47. El cuidado de las relaciones, así como de los recursos materiales pasó a ser de vital observación por los líderes de la Iglesia al punto de nombrar diáconos, los cuales tenían a su responsabilidad estos cuidados (Hch 6.3).

Encontramos también en la historia de la iglesia y en la lectura de la biblia diferentes historias que ilustran la mirada continua de Dios sobre los bienes puestos

en función de la humanidad para el desarrollo de una vida digna donde los accesos a los recursos son iguales para todos. Una institución que no cuide de esta manera los recursos que colocados en ella en función de sus miembros peca de corrupción.

Podemos ver esta imagen desde una dimensión macro-institucional al hablar del cuidado del medio ambiente o en una micro-institución cuando nos referimos al cualquier derecho humano puntual dígase por ejemplo: el acceso al agua.

Son las Iglesias, comunidades que pueden generar buenas prácticas en el proceso de administración de los recursos. Estas buenas prácticas guiadas por valores de honestidad pueden abrir un camino para su multiplicación. Pueden hallar eco en espacios que intentan construir relaciones de respeto y se sienten aisladas. El uso de los medios de comunicación que las den a conocer puede ayudar a su divulgación y a su recreación.

Este ejercicio les puede traer de regreso historias similares que enriquezcan una unidad de criterio que muestre la viabilidad de una institución que a pesar de la corrupción que la rodea, puede ser creativa y defender el bien común de los que la respaldan, con su membresía.

Cuando la Iglesia administra bien los recursos que le son conferidos y a través de ellos promueve la equidad, la justicia por los más necesitados, provee oportunidades a todos sus miembros sin discriminación y distribuye los recursos económicos en función de reducir la distancia social que construye la sociedad, entonces está anunciando un nuevo orden de relación semejante al descrito por Jesús como reino de Dios.

La comunidad resiliente fortalece desde todos los ámbitos de su misión una ética del cuidado y no una ética de la conquista (Boff 2004). Dirige sus energías en la instrucción de sus fieles para conservar en su patrimonio y a través de todas sus actividades una actitud crítica ante el oportunismo y a la vez compasiva ante las necesidades de los necesitados.

Pero cabe preguntarnos ¿Cómo podemos instruir en la Iglesia factores de resiliencia? ¿A través de qué espacios podemos vivenciar que es posible esta meta?

La Iglesia cuenta con un espacio privilegiado de celebración, testimonio, educación y conversión: el servicio litúrgico. El culto es el espacio donde se anuncia

la palabra, se denuncia la injusticia, se reta a la conversión y se testimonia de la compañía de Dios y de la capacidad humana de mantenerse fiel a Él, sin caer en tentación. Se cuenta del proceso administrativo y se entregan cuentas de los ministerios y del buen uso de los recursos.

3.3 Celebrar una liturgia de la vida como factor de resiliencia comunitaria

A través de una liturgia contextual que recupere la presencia de Dios en la historia podemos celebrar una liturgia que afirme la vida. Esta liturgia debe poner a dialogar a la comunidad de fe con imágenes de Dios donde podamos mirarle como liberador y resiliente.

De aquí, la relación entre procesos de resiliencia y espiritualidad resiliente, pues ese dejarse tocar por la Gracia de Dios, es fruto de una apertura de fe a ese Dios que no envía males para complacerse en nuestros sufrimientos, ni el Dios que prueba para reconocer nuestra fidelidad, sino una espiritualidad que surge de esa captación de una promesa de compañía y de fortaleza. Mt 28,20 "estará con ustedes hasta el último día"; no temen enviaré mi Espíritu. San Juan 20: 19 "estando cerradas, por miedo, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz con vosotros." Dicho esto, les mostró las manos y el costado; y les dijo otra vez: "La Paz con vosotros" y soplo sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo." (Rodríguez 2013, 86-87)

Por tanto, estamos proponiendo que nuestra liturgia su sentido holístico, sea un espacio de construcción de espiritualidad resiliente, que tome en cuenta en su elaboración y desarrollo estos énfasis:

1. La presencia de Dios en la historia que se indigna del mal perpetuado por las instituciones de muerte. Esto podemos hacerlo a través de lecturas y reflexiones (Libro de los Salmos) que denuncien la injusticia del pecado generado por las instituciones de muerte (líder fundador y gobierno) como representantes del mal que afecta a una humanidad que se encuentra en nuestra misma condición y que es convocada a pensar críticamente la urgencia del reinado de Dios y a vivir la fe como expresión de la liturgia de la vida en el día a día.

2. La capacidad de resistencia y creatividad de las personas haciendo presente manifestaciones artísticas en el culto que representen la cercanía de Dios en medio del dolor; recreando las historias locales y bíblicas que afirman el actuar liberador de Dios y que animen a la comunidad a sentirse desafiada y enviada a construir relaciones de fraternidad inclusiva como horizonte de un nuevo tiempo de Dios donde la integridad de la comunidad no será negociada ni vendida.
3. A través de los salmos e himnos canalizar las angustias, éxitos, historia, conducta social, la comprensión de la existencia humana. Invitando a la comunidad mirar que Dios es tan cercano a nosotros/as que asume acompañarnos como resiliente también de estas experiencias de pérdida, pero que la vez nos coloca enfrente nuestro el horizonte de lo que puede ser la fiesta de la vida si decidimos seguirle sin mirar atrás.

En las iglesias cubanas el libro de los salmos sigue siendo el más querido, por que la gente se identifica con la experiencia del salmista, sus necesidades y anhelos. Cada vez que se visita aun enfermo, a un preso, a quien ha perdido algún familiar, aun joven frustrado vocacionalmente, a alguien que vive solo, a los ancianos que requieren cuidados, a las familias con crisis económicas, se hace imprescindible la lectura de los salmos: las propias personas asi lo piden (López 2005,34)

Cada culto debe ser para la iglesia y para cada creyente de manera particular, una oportunidad de anunciar la victoria de la vida sobre la muerte. Para esto debemos ir entretejiendo en esa liturgia nuestras experiencias cotidianas de fe. Es a través de estas historias de la cotidianidad donde encontraremos los ecos de una vida con Dios. Esta vida testimonial es la fuente primigenia que nos provee de poder para resistir la tentación de experimentar la ausencia de Dios.

Cuando la liturgia que celebramos se construye desde este testimonio el poder del Espíritu Santo deja de ser el testimonio de iglesia de la Biblia y pasa a ser el testimonio de la Iglesia donde nos congregamos.

Es necesario entonces que esta liturgia hable al pueblo en su idioma, que cante la fe a un ritmo que produzca gozo y plenitud.

Cuando estas señales precedan nuestra celebración estaremos abriendo una puerta, estableciendo un diálogo y experimentando una disposición para que exista una segunda vez, donde toda nuestra vida sea una liturgia.

Conclusiones del capítulo 3

En este último capítulo hemos construido una teoría de acción pastoral que puede ser usada en aquellas iglesias o comunidades que han entrado en procesos de duelo y no han logrado reponerse. Les indicamos una ruta a seguir para fortalecer la iglesia como contexto empoderador, espacio fundamental de resiliencia y de cuidado pastoral.